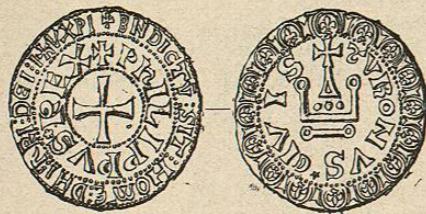


cobraron pronto su desquite. La lucha semiseccular contra las órdenes mendicantes dejó rastro; desde 1250 á 1290, la Universidad de París «aprendió á distinguir las máximas de Italia de las de la religión,» según expresión de Lenain de Tillemont. La mayoría universitaria abrazó la causa de Felipe *el Hermoso* contra Bonifacio en 1303. Consultada por Felipe *el Hermoso*, por Felipe V, la Universidad de París preludeó, desde los comienzos del siglo XIV, el gran papel político que jugó, no solamente en Francia, sino en toda la cristiandad occidental, en la época de los Valois.

También por esta época la creación de un gran número de colegios acabó de dar á la Universidad de París su fisonomía definitiva.

En su origen, las universidades, sindicatos de maes-



Moneda de Felipe V

tros y estudiantes, no poseían nada. Cada maestro aquilaba, á expensas suyas, en una casa particular, un cuarto para dar sus cursos; las reuniones de los clubs regionales (naciones) ó profesionales (facultades) y las congregaciones generales de la «Universidad» tenían lugar en una iglesia, en el claustro ó en el refectorio de un convento amigo. Cuando la comunidad tenía necesidad de dinero, se imponían cotizaciones sobre los candidatos á los grados, y si quedaba un remanente se bebía en la taberna. No había vigilancia; los escolares vivían absolutamente á su antojo; los ricos cometían excesos y los pobres morían de hambre. Desde un principio el exceso del mal había sugerido remedios. La suerte de los pobres excitó la piedad de las personas generosas, que construyeron ó compraron edificios para ellos; los primeros «colegios» fueron casas amuebladas, en que los jóvenes necesitados que cumplían con ciertas condiciones impuestas por los fundadores, encontraban lecho y cubierto. Cinco ó seis casas de esta especie existían ya en París cuando Luis IX subió al trono. Más tarde, los conventos de órdenes religiosas, antiguos y nuevos, en donde vivían los escolares y los maestros «regulares» proporcionaron el modelo de institutos análogos para uso de los seculares. Roberto de Sorbón, el capellán de Luis IX, estableció hacia 1257 el colegio de Sorbona, para diez y seis pobres maestros en artes, aspirantes al doctorado en teología, con objeto de perpetuar la raza de los teólogos seculares, á quienes el éxito de las órdenes mendicantes parecía amenazar de una pronta extinción. El ejemplo de Roberto de Sorbón fué seguido, bajo Felipe III y Felipe IV, por multitud de personajes: Raúl de Harcourt (colegio de Harcourt), los cardenales Juan Cholet y Juan Lemoine (Cholets y colegio del cardenal Lemoine), la reina Juana, mujer de Felipe *el Hermoso* (colegio de Navarra), el arzobispo Gil Aicelín (colegio de Montaigu), Godofredo de Plessis (colegios de Plessis y de Marmoutier), etc.

En lugar de la Universidad de antaño, movable y li-

bre, sin edificios ni rentas, se elevó por este tiempo, sobre la montaña de Santa Genoveva, una ciudad monumental de colegios universitarios, en donde bien pronto se internó por completo la población escolar.

Los estudiantes y los profesores extranjeros, ingleses alemanes, escandinavos é italianos, afluyeron en el siglo XIII, como en el precedente, á las escuelas de París. Recíprocamente, los estudiantes franceses podían ir á instruirse ó profesar en las escuelas extranjeras. Las universidades de la Edad media no eran, como se ha creído, «escuelas nacionales de ciencia universal;» eran, por lo contrario, en su origen, escuelas internacionales, cada una de las cuales tenía una especialidad. Así, la enseñanza del derecho civil no existía en la Universidad de París; la Universidad de Bolonia no tuvo facultad de teología hasta 1352; París fué renombrado como el *Studium* por excelencia para la teología y las artes; Bolonia, Orleans y Montpellier, por ambos derechos; Montpellier, por la medicina.

### II.—Tendencias generales del siglo XIII

Dos hechos dominan la historia de la actividad intelectual en el siglo XIII: la decadencia del idealismo ó literatura artificial y el desenvolvimiento del espíritu científico.

Existía en el siglo XII, en las escuelas, un renacimiento de las letras, que no deja de guardar relación con el movimiento más célebre, completo y fecundo del renacimiento propiamente dicho. La mayor parte de los hombres que escribieron en latín, en el siglo XII, eran literatos, humanistas y retóricos, cargados de despojos de la antigüedad, y aun los que, como Abelardo y Gilberto de la Porrée, trataron cuestiones abstrusas, lo hicieron con bastante buen estilo. Por otra parte, también el siglo XII es la época en que florecieron, en lengua vulgar, la canción, la novela «cortés,» toda la literatura «cortés,» mundana, agradable, refinada, sin profundidad ni sinceridad.

Cien años después de San Bernardo y de Cristián de Troyes, es el tiempo de Santo Tomás y de Juan de Meun: todo ha cambiado. Es difícil imaginar un contraste más completo. En adelante, ya no se dan entre los clérigos oradores elegantes ni poetas, es decir, constructores de versos latinos, como Gautier de Châtillon ó Hildeberto de Lavardín, cuyas obras son mezcolanzas perfectamente inspidas, sin época ni color, y atribuidas erróneamente por algunos humanistas modernos á escritores antiguos. «Buscad un poeta, dice M. Haureau; no encontraréis uno solo: el hexámetro y el pentámetro han pasado de moda; toda la poesía (clerical) de este tiempo se reduce á pequeñas composiciones rítmicas, ú obscenas, ó piadosas.» Los teólogos y los filósofos emplean una jerga técnica que apenas comprenderían los lógicos del siglo precedente, y tratan de problemas completamente nuevos. Finalmente, en el mundo laico ha pasado ya la «cortesía;» las concepciones idealistas del siglo precedente, ó no se toman en serio, ó se ponen en ridículo; las obras características de este tiempo son poemas barrocos, pedantescos y desbordantes de groserías y de vida.

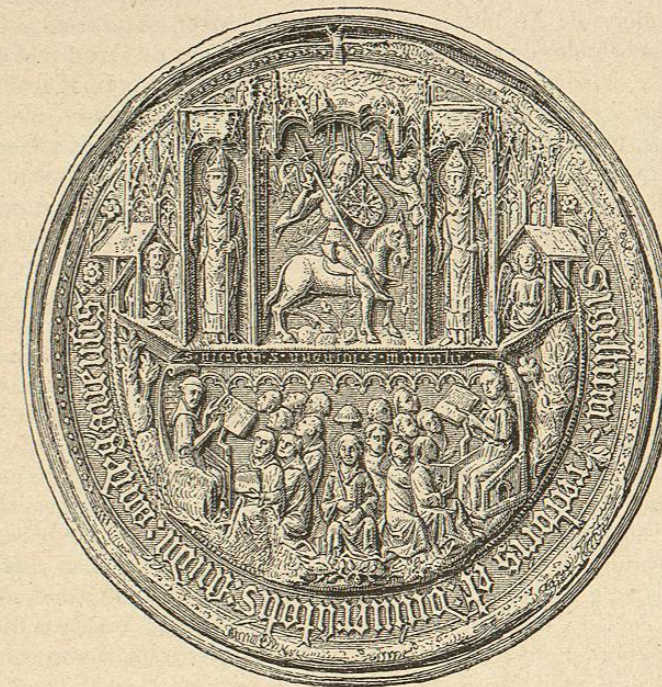
El siglo XII, que espiraba, parecía haber desesperado de la razón; jamás los místicos, debedadores de la cien-

cia y de la curiosidad científica, fueron más numerosos que en la época en que la escuela teológica del monasterio de Saint-Victor de París estuvo en su apogeo. El siglo XIII, que fué, por el contrario, el más «intelectualista» de la Edad media, tuvo una confianza apasionada en la razón; trató de saber y quiso demostrarlo todo.

### III.—Literatura sabia en latín (1)

El acontecimiento que imprimió el impulso inicial á la evolución filosófica y teológica del siglo XIII fué la aparición de escritos de Aristóteles, desconocidos hasta

pulos de este genio sombrío sostuvieron después de él estas tesis fundamentales. Estaban en armonía con los espíritus autoritarios, con las almas religiosas y místicas, con los defensores natos de la ortodoxia y con los retóricos. Por esto el «agustinismo» contó siempre con gran número de partidarios. Todopoderoso en el siglo XII, lo profesaron en el siglo XIII multitud de doctores. Por marcados que sean los matices que les diferencian, y aunque todos ellos hayan sufrido más ó menos la influencia de Aristóteles ó de la terminología aristotélica, la mayor parte de los teólogos seculares y franciscanos del siglo XIII, y aun algunos maestros céle-



Sello de la Universidad de Angers

entonces, y de los comentarios á estos escritos, aportados de España en 1200: la *Física*, la *Metafísica* y casi toda la Enciclopedia peripatética.

En el momento en que se introdujeron en París el nuevo Aristóteles y los exégetas musulmanes del peripatetismo, el sistema filosófico-teológico que dominaba en las escuelas era un idealismo platónico ó pseudo-platónico, á la moda de San Agustín. Aunque como deslumbrado por la metafísica griega, San Agustín no por eso dejó de mostrarse conculcador de la razón: subordinó lo Verdadero á lo Bueno, la Inteligencia á la Voluntad, y prosternó el pensamiento humano. Los disci-

bres de la orden dominica, como Pedro de Tarentaise, Hugo de Saint-Cher, Roberto Kilwardby, etc., fueron agustinianos.

La filosofía racionalista de Aristóteles fué acogida con desconfianza por los teólogos de la tradición agustiniana, que la juzgaron peligrosa. Pero la mayoría de los letrados se precipitó sobre este pasto sospechoso con avidez sólo comparable á la embriaguez de los primeros humanistas, en presencia de la antigüedad resucitada. Declaróse instantáneamente una fermentación tan enérgica, que la autoridad eclesiástica intentó detenerla en 1210 y en 1215: *Non legantur libri Aristotelis de metaphisica et naturali philosophia*. Sin embargo, no pudo mantenerse la prohibición escueta: el 13 de abril de 1231, Gregorio IX absolvió á los maestros y á los estudiantes excomulgados por haber desobedecido la prohibición de «leer» ó interpretar Aristóteles; confirmó en principio los decretos prohibitivos de 1210 y 1215, pero sólo «provisionalmente» hasta que los libros del filósofo hubieran sido examinados y expurgados. El cuidado de expurgarlos («quitar lo erróneo y ocultar lo sospechoso») fué confiado por Gregorio IX á tres maestros seculares de París. Como semejante empresa era, naturalmente, quimérica, los tres maestros renunciaron á ella; no se ve ni siquiera que intentaran ejecutarla.

(1) Encuéntrase un inventario general de los escritos en latín del siglo XIII, en el *Grundriss der romanischen Philologie*, de G. Gröber, tomo II, 1893. Hay también trabajos de Renán y de Haureau en la *Histoire littéraire*, y de los padres Denifle y Ehrle en el *Archiv für Literatur und Kirchengeschichte des Mittelalters*. Para los escritos filosóficos puede servir de guía bibliográfica la *Histoire de la Philosophie médiévale*, 1900, de M. de Wulf. Véase sobre todo E. Charles, *Roger Bacon*, 1861 (libro excelente, aunque anticuado); Francis S. Stevenson, *Robert Grosseteste, bishop of Lincoln*, 1899; P. Mandouret, *Siger de Brabant et l'averroïsme latin au XIII<sup>e</sup> siècle*, 1899 (consultese *Revue de Paris*, septiembre de 1900); Fr. Ehrle, *Ueber den Kampf des Augustinismus und Aristotelismus im 13. Jahrhundert*, en la *Zeitschrift für katholische Theologie*, 1889; S. Berger, *Quam notitiam lingue hebraice habuerint christiani medii aevi temporibus in Gallia*, 1893.

En cuanto á las prohibiciones absolutas de 1210 y 1215, no volvieron jamás á regir, sino que cayeron en olvido; un reglamento oficial de la facultad en artes de la Universidad de París, del 19 de marzo de 1255, indica, entre los libros que los regentes *in artibus* deben leer públicamente, la *Física*, la *Metafísica* y otros tratados de Aristóteles ó atribuidos al mismo. El «filósofo» siguió, pues, en posesión de su derecho de ciudadanía en las escuelas, y el aristotelismo se hizo, á pesar de los agustinianos, ley del pensamiento.

En todos los centros religiosos en que fué conocida y tolerada la filosofía aristotélica, en la Edad media (árabes, judíos y latinos), se produjeron los mismos fenómenos. Entre los admiradores de Aristóteles se formaron dos partidos: unos, penetrados de respeto por el dogma, al mismo tiempo que de admiración por el filósofo, se propusieron conciliar á entrambos con admirable esfuerzo exegético; otros, tomada la precaución indispensable, y tal vez irónica, de declarar que lo que es verdadero según la fe, no lo es siempre según la razón, y que, en caso contradictorio, la solución según la fe debe ser preferida, se entregaron libremente á las consecuencias extremas de la doctrina del maestro.

El franciscano Alejandro de Hales parece haberse aplicado, antes que nadie, á hacer entrar en los límites de la ortodoxia á este Aristóteles á quien la autoridad eclesiástica no sabía si aprobar ó condenar. Pero dos hijos de Santo Domingo, Tomás de Aquino y Alberto *el Grande*, reclaman el honor de haber acabado la cristianización del peripatetismo. Alberto «concibió y ejecutó el plan de rehacer Aristóteles para uso de los latinos... y también de rectificarlo para hacerlo entrar en el pensamiento de la Iglesia.» Su discípulo, Tomás de Aquino, continuó con más cuidado, bajo los auspicios de la Santa Sede y substituyendo el procedimiento más exacto de la exégesis literal al de la paráfrasis, «el problema fundamental de la interpretación de Aristóteles y de la corrección de sus errores.» La orden dominica, oficialmente encargada por la Santa Sede, en el siglo XIII, de la corrección del texto de la Biblia (Hugo de Saint-Cher) y de la revisión del *Corpus juris canonici* (Raimundo de Peñafort), los dos textos de la enseñanza en teología y derecho, cumplió de esta manera, con creces, con una empresa análoga y de mayor importancia todavía: la adaptación, para uso de las escuelas en general, de la enciclopedia filosófica. Los dominicos desempeñaron, en el siglo de San Luis, un papel análogo al de la Compañía de Jesús tres siglos más tarde: convirtieron en beneficioso para la ortodoxia el racionalismo peripatético; como los jesuitas más tarde, confiscaron, en interés de la Iglesia, el humanismo triunfante.

La obra de Alberto y de Tomás, que representa un esfuerzo colosal y que supone, la de Tomás de Aquino sobre todo, raras condiciones de ingenio, fué muy del gusto de sus contemporáneos. Según Godofredo de Fontaines, la nueva filosofía dominicana es «la sal de la tierra;» la facultad en artes de la Universidad de París la compara en 1274 á la luz del sol. Pero bien pronto se vió atacada: á derecha por los agustinianos, absolutamente refractarios al aristotelismo, como Guillermo de Saint-Amour, John Peckham, etc.; á izquierda por los aristotélicos intransigentes y por un grupo de pensadores, poco numeroso, que había «desesperado de Aristó-

teles» después de haber procurado, sinceramente, sacar partido de él. Sólo en nuestros días ha parecido bien decir que «la *Summa Theologiae* resume toda la ciencia y toda la filosofía» del siglo XIII (y hasta se ha dicho de la «Edad media»), y que la filosofía enciclopédica, clara, prudente, «prudentísima», de Santo Tomás (estas cualidades son las que han hecho su fortuna extraordinaria), es clásica en la Iglesia.

Reconciliar Aristóteles con el dogma, como lo hicieron Avicena entre los musulmanes, Alberto *el Grande* y Tomás de Aquino entre los cristianos, era empresa difícil, porque los agustinianos estaban en lo cierto cuando afirmaban que la filosofía de Aristóteles es incompatible con los postulados necesarios de una religión revelada. Nada de Creador ni de primer hombre, nada de Dios antropomorfo, ni de Providencia, nada de supervivencia de las almas individuales después de la muerte: he aquí tres tesis sobreentendidas, si no formalmente expresadas, en los escritos del «filósofo.» De hecho, Avicena y Tomás de Aquino, en su profundo respeto por el maestro, hacen lo posible por atenuar, excusar, presentar de través ó pasar caritativamente en silencio sus opiniones malsanantes; con frecuencia niegan que quisiera decir lo que da á entender; pero en fin, ante «los errores» demasiado manifiestos, no vacilan en condenarle. Santo Tomás no dudó nunca entre Aristóteles y la «sana filosofía,» es decir, entre Aristóteles y la fe: *Amicus Aristoteles, sed magis amica fides.*

No fué tal, entre los árabes, la actitud de Averroes. Este comentador repite hasta la saciedad que se propone «recitar la opinión del filósofo,» sin salir responsable y esforzándose sólo en explicar los textos oscuros y determinar los puntos dudosos en el sentido general de la doctrina del maestro. Intérpretes serviles, pero fieles, los averroístas subrayaban, en vez de disimularlas, las contradicciones entre el peripatetismo y las verdades teológicas; y algunos parecían complacerse en el juego, á cubierto de la autoridad del grande hombre. Naturalmente, el averroísmo tuvo adeptos en París como en la España musulmana y en las sinagogas del Langüedoc: este aristotelismo llevado á sus últimas consecuencias comenzó á tener adeptos en la segunda mitad del siglo XIII, lo más tarde.

El protagonista de la secta en las escuelas de París fué un cierto Siger de Brabante. Aparece por la primera vez en 1266 como autor de los desórdenes que estallaron este año entre las cuatro naciones de la facultad en artes. En 1270 escribió un manifiesto, *De anima intellectiva*, al cual respondió Tomás de Aquino, y la mayoría de cuyas proposiciones averroístas condenó el obispo de París. Durante tres años, á partir de diciembre de 1271, la facultad en artes se dividió en dos claustros, cada uno de los cuales escogió su rector: uno de estos claustros, el más débil por el número, es designado con el nombre de «facción de Siger» (*pars Sigeri*); componíase indudablemente de maestros y discípulos averroístas en su mayor parte. En 1275, el cardenal de Santa Cecilia (el futuro Martín IV) puso fin á esta escisión por medio de un arbitraje cuyo texto contiene las amenazas más rudas y directas á propósito de los «satélites de Satán que, de tiempo atrás, siembran la discordia en el *Studium* de París.» Dos años después, el obispo de París, Esteban Tempier, antiguo canceller

de la Universidad, excomulgaba á los autores de docenas diez y nueve proposiciones enseñadas en la facultad en artes. Esteban Tempier, que fué, en esta circunstancia, instrumento de los doctores seculares de la facultad de teología, de tendencias agustinianas, se refiere, en su condenación del 7 de marzo de 1277, no solamente á las tesis características del averroísmo puro, sino á algunas del aristotelismo moderado de la escuela dominica, enseñadas por Tomás de Aquino: á los teólogos seculares habría convenido confundir todo el peripatetismo en una sola reprobación; pero este golpe de partido fracasó, gracias á las intrigas de los cofrades de Tomás (+ en 1274) y á la intervención de Roma: solamente para los averroístas tuvo consecuencias desastrosas la crisis de 1277.

Si hemos de prestar fe al texto de la condenación fulminada por Esteban Tempier, ciertas gentes habían sacado enormes conclusiones de las enseñanzas de maese Siger y de sus émulos. Estudiantes de Garlanda sostenían, en 1277, que la teología no enseña nada; que la profesión de cristianismo es un obstáculo para la ciencia; que la ley cristiana tiene, como las otras, sus ficciones y sus errores; que todo concluye después de la muerte; que no hay espíritu; que es inútil rezar; que la fornicación no es un pecado, etc. A la verdad, nada aparece de todo esto en los escritos de Siger que se conservan; por otra parte, sabemos que los ortodoxos en todo tiempo han acusado de las mayores tropelías á sus adversarios; pero no es imposible, sin embargo, que algunos espíritus atrevidos dedujeran del averroísmo magistral sutilezas trascendentes, que les llevaron á la negación de la Providencia, de la inmortalidad del alma y de la libertad humana, á la indiferencia religiosa y aun á la supresión de todo deber moral. Desde 1270, Tomás de Aquino había escrito, dirigiéndose á Siger: «Se os dice: Es contra la fe; vos respondéis: Repito las palabras del filósofo. Pero agitar dudas, sin resolverlas, es reconocerlas fundadas. Si alguien, después de haber abierto una cisterna, no cubre el orificio, viene obligado á indemnizar á sus vecinos del rebaño que caiga en ella. Vos tenéis el espíritu sano y no os precipitaréis en el abismo que acabáis de abrir, pero sois responsable de los simples y de los sencillos á quienes engulla.»

El final de Siger de Brabante es obscuro. En octubre de 1277, el inquisidor de Francia, Simón Duval, citaba á comparecencia ante él, para justificarse del crimen de herejía, de que eran vehementemente sospechosos, á Siger de Brabante y á Bernier de Nivelles, canónigos de San Martín de Lieja, contumaces. Siger y uno de sus principales compañeros, Boecio de Dinamarca, habían pasado á Italia, sin duda para someter su caso al juicio directo de la Santa Sede. Poco tiempo después de su llegada á la corte de Roma, en la villa de Orvieto, Siger de Brabante fué muerto á cuchilladas no se sabe por quién ni por qué; Boecio de Dinamarca pereció también «miserablemente.» John Peckham, arzobispo de Cantorbery, veía en ello, en noviembre de 1284, el dedo de Dios. Pero el fin trágico de los dos campeones del aristotelismo intransigente no produjo la desaparición de sus doctrinas. Más de treinta años después de los sucesos misteriosos de Orvieto, Raimundo Lulio leía en París contra los averroístas. Su biógrafo se expresa así: «Como viera, á causa de las predicaciones de

los averroístas, alejarse de la fe católica á muchas personas que decían ser incompatible la fe cristiana en cuanto á la ciencia, pero verdadera como creencia para las gentes á quienes la suerte ha hecho nacer en la sociedad cristiana, Raimundo se esforzaba, por vía demostrativa y científica, en reducirles con frecuencia á la imposibilidad de responderle, combatiendo sus opiniones.» Raimundo Lulio dedicó en 1310 á Felipe *el Hermoso* su *De lamentatione duodecim principiorum philosophiae contra averroistas*, para refutar á los que pretendían que ciertas máximas, verdaderas según la fe, son falsas según las leyes naturales.

Es imposible dar aquí una idea de la imponente actividad de los innumerables doctores de la escuela agustiniana y de la escuela tomista en el siglo XIII, sin hablar de los averroístas, desde hace poco tiempo conocidos y nada más que por sus jefes. La literatura filosófico-teológica de este tiempo es inmensa, y en su mayor parte inédita. No es nuestro objeto decir lo que constituye el mérito particular de cada uno de los célebres pensadores á quienes la admiración de su posteridad escolástica ha decorado con sobrenombres magníficos: el Angélico, el Sutil, el Penetrante, el Sólido, el Irrefutable, el Solemne, el Famoso, etc.; sus ideas pertenecen á la historia especial de las fantasías que los hombres se formaron, *à priori*, sobre problemas insolubles por el método *à priori* ó completamente insolubles.

Basta hacer constar de una manera general el modo científico de todos estos escritos sobre cuestiones que en su mayoría no pueden ser, á nuestros ojos, objetos de ciencia. Y es que la influencia de Aristóteles se ejerció en este tiempo de dos maneras: por una parte, la *Metafísica* aristotélica despistó á los filósofos occidentales, como ya lo había hecho con los siriacos, con los judíos y con los árabes, llevándoles á controversias sin fin sobre el Ser, la Cualidad y la Forma, de donde jamás ha resultado nada; por otra parte, la Enciclopedia aristotélica prestó grandes servicios pedagógicos; no solamente está llena de enseñanzas, verdaderas ó falsas, sobre las cosas del universo y de la historia, propias para solicitar la curiosidad, sino que está ordenada conforme á una lógica perfectamente rigurosa, y los procedimientos de argumentación del filósofo son aptos para proporcionar el instrumento ó la ilusión de un método científico. En una palabra, Aristóteles inculcó ó desarrolló, con el gusto por las especulaciones abstractas, el deseo de aprender aquel *libido sciendi* que San Agustín colocaba entre los deseos temibles y la costumbre de razonar. Alberto *el Grande* tiene inclinaciones y temperamentos de erudito. Tomás de Aquino, Duns Escoto, Guillermo de Ockam y sus émulos fueron, si no racionalistas, razonadores consumados y sabios á su manera. Ni entre los místicos más exaltados faltaron quienes pagaran tributo á la moda científica. Raimundo Lulio, que paseó durante treinta años por todos los países ribereños del Mediterráneo, y con frecuencia por París, su «barba florida,» sus efusiones poéticas y las imaginaciones grandiosas de su cabeza un poco desequilibrada, inventó una mecánica «científica» para resolver todos los problemas y llegar á la verdad en todos los órdenes: un «Arte mayor» (*Ars Major*), que debía ser «para las ideas lo que la tabla de Pitágoras es para los números...»